

Quisiera en primer lugar, Sra. Ministra, darle la bienvenida a este nuestro Consejo General de la Iglesia en la Educación, agradecerle el gesto de reconocimiento que ello implica y mostrarle nuestro respeto ante su alta responsabilidad política. Quisiera expresarle también la alegría de poder hablar juntos de educación, asunto que nos afecta a todos íntimamente, y nuestra disponibilidad a la colaboración en todo lo que sirva al bien de nuestro sistema educativo.

La educación está en el corazón del ser y de la misión de la Iglesia, como es el caso para toda verdadera experiencia humana; ya que es uno de los lugares fundamentales donde se juega la dignidad de la persona, la transmisión de la cultura y la apertura al sentido último de la existencia (*Gravissimum educationis*, proemio). La fe cristiana siempre ha generado una forma de ser persona, un modo de humanidad, consciente, racional, abierto a la responsabilidad para con la propia vida y para con la sociedad; y siempre ha existido como una compañía para la persona, siempre ha sido una forma de educación, de discipulado vivido en común.

Por supuesto, la tradición educativa cristiana se ha expresado de diversos modos en los diferentes lugares y épocas históricas. Nuestro Papa León XIV habla de verdaderas “constelaciones educativas” (Diseñar mapas de esperanza): experiencias diversas, carismas distintos, instituciones plurales, unidas por una misma confianza en la capacidad humanizadora de la fe.

En España, en particular, esta pasión católica por la educación ha cristalizado en realizaciones maduras y articuladas, dando forma a abundantes instituciones e iniciativas educativas, con una larga historia de inclusión y de cuidado de la persona, ricas en innovación pedagógica.

Desde siempre, nuestras instituciones e iniciativas educativas viven de la experiencia de la fe, que, unida a la razón, se abre sin temor y quiere adherirse a la verdad de todas las cosas. Tienen en su origen una caridad, un compartir, un responsabilizarse del bien del otro, al que vemos dotado de una dignidad única, amado por Dios y encomendado a nuestro cuidado, especialmente cuando se encuentra en situaciones de vulnerabilidad, fragilidad o exclusión.

Esta convicción atraviesa las diferentes formas de nuestra presencia educativa: desde la escuela hasta la universidad, desde la formación profesional hasta la educación especial, desde la enseñanza religiosa hasta los proyectos culturales y sociales; ámbitos todos aquí representados en este Consejo.

Deseamos contribuir, junto con toda la comunidad educativa y las instituciones públicas, a dar forma a una educación verdaderamente humana, integral, que tenga en cuenta todas las dimensiones de la persona y sea capaz de ayudarla a descubrir la dignidad y el valor de su existencia, a asumir la tarea de la propia libertad.

Nos sentimos responsables ante la tradición educativa recibida, ante nuestras familias y nuestros hijos; pero también ante nuestra sociedad, ante el gran bien que representa en ella el sistema educativo. Queremos hacer presente nuestra palabra, como expresión de nuestra experiencia pedagógica, y ser plenamente partícipes del gran diálogo, del debate público en el que se busca entre todos el bien de la educación en España.

Por todo ello, nos alegramos de recibirla hoy aquí, Sra. Ministra, y le agradecemos sinceramente este momento de encuentro, institucionalmente significativo, como un paso importante, que nos anima sin duda a continuar con responsabilidad nuestra labor al servicio de la educación.

Muchas gracias.

+Alfonso Carrasco Rouco  
Obispo de Lugo  
Presidente de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura